



CONVERSACION

ENTRE DOÑA BANASTA , DOÑA PRIETA,
Doña Legañas y Don Estirado , sobre el modo de
guardarse del frio los Currutacos y Currutacas , y pa-
sar alegres las Carnestolendas , y todo lo que falta
del invierno ; con otras cosillas sabrosas,
dulces y regaladas.

En el Febrero ventoso,
quando el ayre nos taladra,
¿qué hemos de hacer, Petimtras,
para aumentar nuestras sayas?
yo ya no puedo vivir:
tiene ya arrugas mi cara;
el frio es insoportable
dentro y fuera de mi casa.

Doña Prieta.

¿Cómo así se explica ahora
la friolera Banasta?
¿Chica , tú eres Petimetra?
si lo eres , serás bastarda;
pues las Petimtras finas
en pelillos no se paran.
Bueno! ¿qué pareceria
con mas ropas una Dama?
aun son demás las basquiñas,
y nos sobran las enaguas.
¿No sabes en qué consiste
el ser en el dia maja?
pues escucha ; estame atenta,
y serás una de tantas.
Una basquiña de seda
con dos , tres ó quatro franjas,
unos zapatitos de oro,

ó bordaditos de plata;
con fina caramañola,
cadenilla y arracadas,
peliquilla á lo africano,
todita encaracolada,
ó pañuelo en la cabeza
de forma y anchura varia;
el brazo y mano muy suelta,
que es por demás ocultarla,
aunque el viento zarandee
todas nuestras zarandajas;
mantilla con largas puntas,
aforradita y bordada,
son el antemuro fuerte
que á ahuyentar al frio basta.

Doña Legañas.

Sí , sí : me gusta , me gusta
lo que Prieta ahora nos habla.
No hay que hacer caso al presente
de lo que dice Banasta.
No hace frio ; y si lo hiciera,
nadie menos lo aguantara
que yo , pues padezco mucho.....

Doña Banasta.

Bien lo dicen tus legañas.

Doña Legañas.

Mis legañas son hermosas

en

en cotejo de tu cara.

¿Cómo te atreves?...

Doña Prieta.

No hablamos
entre la plebe mas baxa.
Dexad esas quisicosas,
y que yo os lo mánde , basta.

Doña Banasta.

Ola , ola ! Doña Prieta,
parece que usted es *ancha*.
¿Mandarme á mí?

Doña Legañas.

¿A mí mandarme?
¿será dueña de mi casa?
Mande usted á sus criadas:
lo que usted mande , ellas hagan.

Don Estirado.

Calla , Prieta ; no haya bulla:
veis que la tarde se pasa,
y la conferencia grave
no tan ligero se trata.
Vamos á pasear.

Doña Prieta.

Vayamos.

Doña Banasta.

No haya miedo que yo salga.
La tarde es fria , y la ropa
que yo llevo , no me guarda.

Doña Legañas.

Por contradecir á Prieta,
no he de salir de esta sala.
Ella todo lo gobierna,
y no es para gobernada.
Vaya la gobernadora:
no piensa en Doña Legañas.

Doña Prieta.

¡No se darán á partido!
Don Estirado , ¿qué aguardas?

Don Estirado.

Me ocurre una cosa , Prieta.
¿Tú quieres que yo la haga?

Doña Prieta.

Si que quiero : haz lo que gustes.

Don Estirado.

Pues ea , nobles Madamas,
¿convendreis en conferir
sobre lo que mas os quadra?

Doña Legañas.

No convengo , no convengo,
si Doña Prieta lo manda.

Doña Banasta.

Pues si es útil el asunto,
conviene á todo Banasta.

Don Estirado.

Si Señoras , nada menos
en esta tarde se trata,
que de probar que en invierno
no muden ropa las Damas.

Doña Banasta.

Fuerte cosa , si se prueba.

Doña Prieta.

Ella quedará probada,
y mas si con sus talentos
me ayuda Doña Legañas.

Doña Legañas.

Aunque es adulacion tuya,
ya somos amigas ambas.
Dame la mano , mi Prieta,
y dexemos á Banasta.
Ella quiere añadir ro
para parecer Giralda;
ocupar todo un Catifa
como una Tudesca rancio.

Doña Banasta.

Basta ya de frioleras.

Don Estirado.

Pues comienzo mi retayla.

En

En los tiempos mas remotos
de las calzas atacadas,
se hacian unos ropages
de ancho y largo en doce varas.
Los tontillos ya cesaron,
tonetes, pataratas,
balonas de palmo y medio,
que los rostros afeaban.
Cayeron los pichicoles,
papahigos y monadas,
que inventaron unos entes,
que el fino gusto ignoraban.
Al fin llegaron los dias
de las dichas y las gracias,
en que campen con primores
Currutacos y Madamas.
Un Currutaco en estío
con ropa el cuerpo no agrava,
vistiendo de tela fina
la delantera bizarra.
En el Invierno padece
una tal qual almorrana.
Mas ¿qué digo? no Señoras:
nadita, nadita pasa.
Suda como en el Verano;
su citoyen no taladra
el ábrego mas furioso,
ni la nieve congelada.
El galoncito calienta
mas que una muy doble capa,
porque al abrigo del oro
todo el frio se le aparta.
Allá va un cuento, que explica
muy bien lo que en esto pasa.
Un paleta labrador,
aforrado en una manta,
en un Portal de Valencia
vió á un Petimetre de gala;
poca ropa, pero buena,

que esta es la mas viva llama.
Y acercándose, le dixo:
Señor, ¿quiere usted mi capa?
Pensó el chulo Petimetre,
que el rústico se burlaba;
háblale mal de, tal suerte,
que mi labrador se enfada:
levantó su ruda mano
para dar la bofetada,
mas el galon y el anillo
que el Petimetre llevaba,
le hizo tan fuerte rasguño,
que el cutis ya le volaba.
Como el fuego las ampollas
á quien se quema levanta,
así al rústico el galon
del Petimetre le abrasa.
Si al que le tocó, así quema,
¿qué haria al que lo llevaba?
Fuera preocupaciones,
Petimetres y Madamas,
que el uso y vieja costumbre
es la maestra mas sabia.
Segun fisica moderna,
de la que cursé las aulas,
el ropage no calienta,
ni nos calienta la lana,
sino el ardor interior
que del cuerpo se propaga.
Así, ¿para qué vestidos?
Volved los ojos al Asia,
al Africa, y nuevo mundo,
y vereis qué ropa gastan.
Si hace frio, cobijarnos
en el almoadon de Holanda,
que el calor está en nosotros,
y no en la ropa pesada.

Doña Prieta.

Dice muy bien Estirado,

y tomando la palabra,
os voy á hablar brevemente,
porque es de todas la causa.
Una muger , que de hermosa
se precia y tambien de maja,
ha de descubrir su talle,
y el compás noble en su marcha.
Para esto es impedimento
cargar de ropa las Damas,
teniendo otros dos mil medios
de precaver las escarchas.
Vienen ya Carnestolendas,
tiempos de frente arrugada,
en que reynan unos vientos
que las sienes nos taladran.
Nuestras mantillas de puntas,
que parecen de una lanza,
nos libran en el paseo
del frio que otros arrastran.
¿Habeis visto , mis Señoras,
las experiencias mas claras
en las máquinas eléctricas,
quando las chispas disparan?
El rallo , ó puntas que admiten
del cristal la fuerza rara,
es como nuestras mantillas
que nos rodean las caras.
Quando las llevamos bien,
somos luego electrizadas,

y á los que á ellas se acercan,
dos mil saetas disparan.
Si el fuego va con nosotras;
¿para qué seda ni lana?
Nada , nada menos que eso;
lo dicho dicho , Madamas.

Doña Legañas.

Pues ea , yo ya desisto;
pero oid una palabra.
Vosotras nada decís
del fuego de nuestras danzas,
del ardor de los saraos,
do los corazones saltan.
En estas Carnestolendas,
dias de mucha algazara,
para sacudir el hielo
he de ser una de tantas.
¡Buen remedio para el frio!
Bayles , nuevas mogigangas,
son el mejor contra=nieves,
y el mejor contra=borrascas.

Doña Banasta.

Fuego , fuego , bien me place.

Doña Prieta.

Pues á la obra , Currutacas.

Doña Legañas.

No hay que pensar en mas ropa.

Don Estirado.

Aun sobra la que se gasta.

Imprímase : Carrús.

En Valencia , por Miguel Estévan y Cervera , Baxada
de San Francisco.